

Para el diálogo

1. Dirigiendo nuestra mirada al momento y el ambiente en que vivimos, respondamos ¿perciben los esposos cristianos que la familia es la primera y principal transmisora de la fe; o desconocen o renuncian a esta misión? ¿Qué causas descubrimos?
2. ¿Qué podemos realizar hoy día para anunciar a Jesucristo desde nuestra realidad de matrimonios y familias cristianas?
3. ¿Cómo educamos a nuestros hijos para que vivan la igualdad y la fraternidad entre las personas con las que comparte cada día?

Terminamos orando juntos:

Jesús, María y José, a vosotros, Santa Familia de Nazaret, dirigimos hoy la mirada con admiración y confianza; en vosotros contemplamos la belleza de la comunión en el verdadero amor; a vosotros os encomendamos todas nuestras familias, para que se renueven en ellas las maravillas de la gracia.

Santa Familia de Nazaret,
escuela atrayente del santo evangelio:
enséñanos a imitar tus virtudes con una sabia disciplina espiritual,
dónanos la mirada límpida
en la que se reconoce la obra de la Providencia en las realidades cotidianas de la vida.

Santa Familia de Nazaret,
custodios fieles del misterio de la salvación:
haced renacer en nosotros la estima por el silencio,
que nuestras familias vuelvan a ser cenáculos de oración,
transformadas en pequeñas Iglesias domésticas.
Renueva el deseo de la santidad,
sostén la noble fatiga del trabajo, de la educación,
de la escucha, de la comprensión recíproca y del perdón.

Santa Familia de Nazaret,
devuelve a nuestra sociedad la conciencia del carácter sagrado e inviolable de la familia,
bien inestimable e insustituible.

Que cada familia sea morada acogedora de bondad y de paz
para los niños y para los ancianos,
para quien está enfermo y solo,
para quien es pobre y necesitado.

Jesús, María y José
nos rezamos con confianza, y nos ponemos con alegría
bajo vuestra protección. Amén.

Papa Francisco a la Sagrada Familia de Nazaret

(Misa de las Familias, octubre de 2013)



Catequesis para Matrimonios X SEMANA DE LA FAMILIA

“La Familia en Misión”

**“Id por todo el mundo y anunciad el
Evangelio a toda criatura”**

(Mc. 16,15),

También a vuestra familia.

La conciencia viva y vigilante de la misión recibida con el sacramento del matrimonio ayudará a los padres cristianos a ponerse con gran serenidad y confianza al servicio educativo de los hijos y, al mismo tiempo, a sentirse responsables ante Dios que los llama y los envía a edificar la Iglesia en los hijos.

Así la familia de los bautizados, convocada como iglesia doméstica por la Palabra y por el Sacramento, llega a ser a la vez, como la gran Iglesia, maestra y madre."

(Familiaris Consortio 38)

"En virtud del ministerio de la educación de los padres, mediante el testimonio de su vida, son los primeros mensajeros del Evangelio ante sus hijos. Dedicándose con ellos a la lectura de la Palabra de Dios e introduciéndolos en la intimidad del cuerpo - eucarístico y eclesial- de Cristo mediante la iniciación cristiana, llegan a ser plenamente padres, es decir, engendrados no sólo de vida corporal, sino también de aquella que, mediante la renovación del Espíritu brota de la Cruz y Resurrección de Jesús" (FC 39).

La Exhortación Apostólica de Juan Pablo II sobre la familia (Familiaris Consortio), en toda la extensión de su riqueza, ofrece a los padres cristianos la posibilidad de reflexión, entre otras, sobre su misión de transmitir lo que viven en su familia a sus hijos. Sobre los párrafos anteriores podemos intercambiar comentarios, impresiones, dudas, interrogantes...

Mirando nuestra realidad

Muchos de nosotros hemos nacido a la fe gracias a la ayuda de nuestra familia. Con la primera educación se nos ofrecían las realidades de la fe, invitándonos a aceptarlas y tenerlas en cuenta con plena naturalidad. Se nos introducía en una visión del mundo ya transformada por la fe, en la que Dios estaba presente, todos éramos sus hijos, los hombres éramos hermanos, la Iglesia ocupaba un lugar importante en la vida, y nuestra conducta era determinada por nuestra condición de cristianos, por la fe en Jesucristo.

Hoy las familias se encuentran con un mundo cambiante y muy cambiado que las ha descolocado bastante en su función general y básica de introducir a los hijos en los valores y los usos que les permitan integrarse positivamente en la convivencia social. Es complicado introducir a los niños en un mundo transformado por la presencia y la actuación de Dios. Las razones son múltiples: el debilitamiento de la conciencia cristiana por influencia del entorno social, el cambio en la concepción de las relaciones familiares, el debilitamiento del papel social de la familia y la misma inestabilidad familiar, los ritmos de trabajo de los cónyuges, la influencia de los medios, el poco tiempo que los niños pasan en familia por sus obligaciones escolares y extraescolares, la dedicación a un ocio individualista de videojuegos, el ordenador o la televisión...



Fundamentos de la transmisión de la fe

En la familia, que es comunidad de vida y amor, nos incorporamos a la gran familia de Dios, que es la Iglesia. La familia cristiana se inserta de tal modo en el misterio de la Iglesia por los sacramentos del bautismo y el matrimonio, que participa a su manera en la misma misión profética, sacerdotal y real de Jesucristo y la Iglesia. Se hace así comunidad creyente y evangelizadora, comunidad en diálogo con Dios y comunidad al servicio del hombre. Lo hace a través de su propia existencia familiar, de sus relaciones de amor (conyugal, paternal y maternal, filial y fraterna) y a través de las realidades que construyen su vida cotidiana. En esta "Iglesia doméstica", los padres han de ser para sus hijos los primeros evangelizadores y educadores de la fe con su palabra y con su ejemplo.



La transmisión de la fe es el anuncio de Jesucristo, desde su nacimiento a su misterio pascual: es la invitación a una amistad personal con Él. Acoger a Cristo como nuestro Salvador, como la luz que ilumina la oscuridad de nuestros corazones. La fe no es sólo una serie de contenidos, sino la realidad del plan de Dios realizado en Cristo y vivido en la Iglesia.

La familia es la única comunidad de personas en la que cada una es aceptada y querida por lo que es y no por lo que tiene. La familia participa de la misma "mesa", donde se comparte lo que cada uno es, necesita y ofrece, donde cada uno es escuchado y recibe la palabra que necesita, donde el amor que la fundamenta se encarna en vidas que crecen y comunión que se construye.

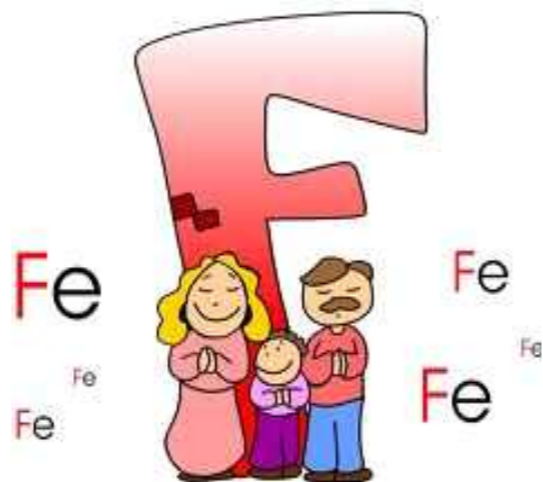
Es en esa "mesa" donde se hace posible la experiencia y transmisión de la fe en Jesucristo, pues nadie puede, como los padres, transmitir sentimientos, actitudes, valores, amor, comunión y gozo de vida, fe y piedad religiosos.



A partir del contenido humano de las relaciones familiares se revelan a los hijos los elementos y experiencias fundamentales de la vida humana. Las relaciones familiares abren, de modo natural y profundo, a las verdades fundamentales de la fe: el amor conyugal fiel y seguro, la relación de paternidad y maternidad como principio de vida y de educación con amor y con autoridad, la realidad de la fraternidad, que brota de compartir un mismo amor que se nos ha dado. La confianza mutua de la relación familiar es el mejor modo de experimentar y expresar esa fe de hijos de Dios, unidos en la gran familia de la Iglesia.

Para transmitir la fe en la familia

La fe es don de Dios. Pero precisa de la adhesión libre de la persona a la gracia de Dios. Por tanto, para creer en Dios hay que comenzar por recibir y escuchar la revelación del mismo Dios. La familia es la primera responsable de esa excelsa labor. La familia realiza su misión evangelizadora acogiendo y anunciando la Palabra de Dios. Por eso, se hace fundamental un clima de constante y abierta comunicación, con espacios diarios de encuentro, de escucha y diálogo en la familia.



Los padres deben iniciar en la oración a sus hijos, lo que significa ayudarle a entablar un diálogo personal con Dios, su Padre. La oración en familia es expresión de fe y ayuda a la integración de fe y vida. La familia que reza unida, permanece unida; recupera la capacidad de mirarse a los ojos, de comunicarse, de solidarizarse, perdonarse mutuamente y comenzar de nuevo con un pacto de amor renovado en el Espíritu de Dios. Es importante la participación de toda la familia en la Eucaristía dominical, verdadera fuente de la espiritualidad familiar. Viviendo los hijos una comunión familiar íntimamente dinamizada por la fe, la esperanza y la caridad, crecerán, como Jesús, en sabiduría y en gracia.

El niño comprende el significado y profundidad del amor en las acciones de sus padres más que por medio de palabras. Si los niños han aprendido el lenguaje del amor; si han visto cómo se aman el padre y la madre en todas las dimensiones de la vida, incluyendo la experiencia del perdón y la reconciliación, si han participado en la

abundancia del amor de sus padres, también ellos se abrirán al amor de Dios y descubrirán a la vez la maravilla del amor entre un hombre y una mujer y lo transmitirán después a sus propios hijos. Los padres han de saber comunicar sus propios valores y creencias, sus convicciones y actitudes. La coherencia entre lo que los padres dicen o piden a los hijos, y lo que ellos mismos hacen, tiene un peso y valor decisivo, dejando ver el lugar que a Dios le corresponde en sus vidas. La entera vida del hogar será una catequesis familiar.

La familia es la primera, pero no la única y exclusiva responsable de la transmisión y educación de la fe de sus hijos. Los padres no pueden delegar en nadie su responsabilidad de padres y de educadores primeros de sus hijos. Pero la familia no es capaz ella sola de todo. La familia necesita aunar sus esfuerzos con la Iglesia, en la parroquia, y con la escuela para que su misión pueda realizarse bien. La fe se transmite de muchas maneras y todas ellas son complementarias, lo mismo los ambientes donde se comunica y se vive, pero a todos ellos ha de alcanzar la solicitud y la colaboración de los padres cristianos conscientes de su misión.



Pero la fe y la misión evangelizadora de la familia cristiana no se cierra a su núcleo familiar, sino que adquiere una dimensión misionera universal. El sacramento del matrimonio, con su carisma y don propio, constituye a los esposos y padres cristianos en testigos de Cristo "hasta los últimos confines de la tierra" (Hch 1, 8), como verdaderos y propios misioneros del amor y de la vida. Una sociedad como la nuestra se hace marginadora de los más débiles.

Por tanto la familia, como misionera del amor y de la vida, debe de manifestar su predilección por los despreciados de este mundo acogiéndolos en su seno y educando en la sensibilidad hacia los más pobres en cualquier momento de la vida en la que nos encontremos.

